

CUBA EN LA ÉPOCA DE CAMBIOS: PERCEPCIÓN ETNO-  
-“RACIAL” DE UN CUBANO

*Cuba in the Epoch of Changes: The Ethno-“Racial” Perception  
of a Cuban*

José MILLET<sup>1</sup>

Fecha de recepción: enero del 2014

Fecha de aceptación y versión final: noviembre del 2014

...hombre es más que blanco, negro, amarillo.  
Dígase hombre y se habrán dicho todos los derechos.  
J. Martí

LA ISLA QUE NO SE REPITE ... EN HISTORIAS DE VIDAS Y PARENTESCOS

En ocasiones las metáforas que brotan de lo inmediato, iluminan zonas de la realidad humana y de una sociedad que no logran proporcionar los estudios más eruditos. Mi intuición de antropólogo me ha llevado siempre, por sucesivas aproximaciones entre ellas, a atacar cada objeto de estudio reduciéndolo al ámbito de la inmediatez donde se desarrolla la esencia del ser humano como ser social: a la familia y sus vecinos, quienes sirven para contar la historia de las sociedades donde crecimos y donde nos ha tocado vivir.

La Cuba de la primera mitad del siglo XX, me atrevería a afirmar, era una sociedad de migrantes, donde recuerdo que, en mi ciudad natal de Holguín, cabecera del municipio de igual nombre, había una comunidad de migrantes estadounidenses establecidos no solo en Banes, sede de United

---

<sup>1</sup> José MILLET – poeta, ensayista e etnólogo cubano. Fundador de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba y del Centro de Investigaciones Socioculturales, perteneciente al Instituto de Cultura del Estado Falcón, Venezuela, donde reside.

Fruit Company, monopolio propietario de inmensos latifundios vinculados a la caña de azúcar, sino incluso en el asentamiento rural nombrado Mayabe, cuya economía descansaba en el cultivo de frutos menores, flores y, en cierta medida, en la crianza de animales, como ganado vacuno y de corral o domésticos. Allí mi familia por la rama paterna había vivido siempre de la agricultura, en condición de “pequeños campesinos” o propietarios de terrenos de mediana extensión, y de la venta de productos agrícolas menores cultivados, así como de la venta de leche de vaca, mercancías que trasladaban a la ciudad, diariamente, a lomo de caballo.

En cuanto a la rama materna, mi abuelo Prisciliano Batista trabajaba como peón en la hacienda de “Trino” Ochoa. Para entonces, los propietarios de tierras y bienes, explotaban a la fuerza de trabajo que se presentaba buscando empleo sin tomar en cuenta el color de la piel, pero en la zona rural mencionada de Mayabe, los empleados, fuesen simples obreros o trabajadores agrícolas eran, mayoritariamente, de “tez caucásica”, por el predominio hispano y sin pocas mezclas “raciales” significativas, como lo recuerdo en mis estancias vacacionales en casas de esos familiares “guajiros” y luego por mis visitas a la zona rural durante mi última residencia en la ciudad (desde 1975 hasta 1982).

Considérese el presente texto como una aproximación reflexiva, “por tanteos” sucesivos, al tema enunciado en su título y como un esfuerzo personal por formular preguntas que atañen a lo sucedido con mi familia. Las respuestas, tal vez, podamos encontrarlas en la historia de la formación del *etnos* e “identidad nacional”, muy relacionados también con la formación del *ethos* que nos define como “cubanos”. En términos de rigor, las reflexiones con que he tratado de contestarme a mí mismo esas interrogantes, deben tomarse como lo que son: mera percepción de alguien, consciente y radicalmente, comprometido con el pueblo del que es hijo y al cual se debe. Las posibles generalizaciones que puedan derivarse de ellas, solicito sean interpretadas de otro modo distante del “motor” que contribuyó a escribirlas con el deseo de que sean asumidas y discutidas sin apartarse de la causa – genuinamente humanista – que me ha animado siempre al asumir la difícil tarea del ensayista. Las comillas que adornan una palabra del título de la presente colaboración, tradúzcanla por el compartir el cuestionamiento máximo del

concepto de “raza”, enjuiciado y desmontado por muchos sabios que me han precedido; el “racismo”, entendido como “ideología” reaccionaria, se funda en la supuesta existencia de “razas”, existencia que no comparto.

Mi obra como investigador en el campo de los estudios etnosociológicos y de la Antropología, casi íntegramente, está basada en observaciones de campo, de comunidades afrocubanas y afrocaribeñas, y ahora quiero revertir esta obsesiva manía de los antropólogos de tomar al “otro” como objeto y no como sujeto: me propongo mirarme a mí mismo en el espejo de mi propia familia nuclear y de sus relaciones con otras familias nucleares circunvecinas, convertirme en objeto de estudio, del que puedan extraer informaciones de interés otras personas que me lean y que puedan ser aprovechadas para el rechazo o la confirmación de las metáforas, pautas, estereotipos y experiencias que queremos transmitir con conciencia clara de las dificultades a vencer para lograrlo. En consecuencia, mi presente contribución puede tomarse como historia de vida o biografía testimonial de lo acontecido en el interior de la familia en cuyo seno tuve el privilegio de nacer y de la sociedad en que nuestra familia había surgido y ha estado inmersa hasta el presente.

#### LA FAMILIA SANGUÍNEA: MIS PADRES

Mis padres constituyeron polos opuestos en un “imán” que los mantuvo unidos toda la vida: la familia. En efecto, hicieron “huesos viejos” en concubinato-matrimonio y constituyeron un hogar donde nos procrearon, criaron y convivieron ambos hasta su muerte; tenían orígenes étnicos y nacionales en gran medida diferentes, pero más que éstos, los mantenían en tirantez otras cosas: filosofías, ideas, concepciones de la vida y de la muerte, adhesiones y prácticas religiosas; saberes ancestrales que no compartían y que devinieron así en causa de “tensiones” contrapuestas. Mi padre era absolutamente incrédulo, indiferente hacia todo tipo de creencias religiosas y, en consecuencia, se mantenía distante a toda la gente que creyera o practicara la profusión de religiones, tanto la oficial católica, como las de tipo afro-

cubano “a nuestra manera” y popular existente en la Isla, a una de las cuales, “presuntamente”, pertenecía enérgicamente mi madre. Al cabo de mis investigaciones antropológicas, terminé por descubrir que mi madre había asumido parte del legado “cultural indígena” prehispánico, ejerciendo funciones como “chamán” y de curandera ancestral, mediante el acomodo de energías, las “técnicas de «imposición de manos»” y la práctica consuetudinaria de un “sistema religioso” descubierto, tardíamente, por el sabio cubano Don Fernando Ortiz (La Habana, 1881-La Habana, 1969) en el Oriente de la Isla y que él denominó *Cordón, Orilé o Espiritismo de cordón*<sup>2</sup>. Sin ser él irrespetuoso, mi padre se reía de las conversaciones con los “muertos” que, cotidianamente, mantenía mi madre en la casa, de sus “santiguaciones”, curaciones y otros ritos asociados al agua, que constituían praxis también consuetudinaria y que nos incumbía a los hijos con objeto de protegernos de las “malas corrientes”, malos pensamientos y “malas influencias” que conjuraba con diversos medios y maneras.

Mi madre nos llevaba siendo niños al “templo” o “centro espiritista” de una familia descendiente de jamaíquinos encabezada por Nemesio Patterson, quien presidía las sesiones espirituales los fines de semana en compañía de su esposa Celia. Luego de “empatarme” con parte de su familia que residía en el barrio de Los Hoyos, en la ciudad de Santiago de Cuba, se me hizo evidente el origen anglo-afro-caribeño de esta familia. Yo nunca había pisa-

---

<sup>2</sup> Los trabajos principales acerca del Espiritismo de Cordón, el sabio cubano Don Fernando Ortiz los publicó, en los años 50, en la revista cubana Bohemia, a los que les dimos continuidad, mediante investigaciones de campo realizadas en la antigua provincia de Oriente, el Dr. Armando Bermúdez, en los sesenta y, en los ochenta, mi persona, que los di a conocer, en forma de estudios de caso, en publicaciones periódicas cubanas-como la revista Del Caribe- y extranjeras, y mediante varios libros que publiqué en Cuba, en México y, el último, en el año 2012, en España. A los interesados en estudios de las religiones afrocubanas y en el espiritismo, les sugiero consultar el estudio bibliográfico “De Changó aux Tambours: bibliographie afrocubain (XXème siècle)”, de Daniel Chatelain, reproducido en mi blog: <http://bibliografía-afrocubanaespiritismo.blogspot.com/>. Allí el investigador francés justiprecia mi libro *El espiritismo, variantes cubanas* (Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1997), en los siguientes términos: “ce précieux petit ouvrage est le seul à ce jour à être consacré entièrement au sujet”. Este libro lo amplí y publiqué a través de la editorial Ediciones Maiombe bajo el título *Espiritismo, variantes cubanas*, España, 2012. Para ver todo lo publicado por mí acerca de la temática de los estudios afrocubanos y el espiritismo, consultar mi blog: <http://www.josemillet-curriculumvitae.blogspot.com/>.

do ni pisaría templo alguno movido por creencia religiosa alguna, pero estos humildes “cordoneiros” me dieron la primera lección filosófica: se podía vivir “en comunidad”<sup>3</sup>, colocar el ego de cada quien a un lado y ser capaces de consustanciarnos con una Espiritualidad y seres que no se situaban ni se mostraban unos por encima de los otros. Su verdad era la verdad de los humildes; no *La Verdad*, que debía asumirse como única y absoluta, dogma que no admite someterse a reflexión ni a crítica, como ocurre en las poderosas Religiones “Universales” que imperan y han establecido su dominio en la mayoría de los continentes del planeta Tierra, como el catolicismo, el islamismo, el protestantismo, etc.

La mayoría de los miembros de los “centros” o “planteles cordoneiros” era gente humilde del barrio o de otras comunidades circunvecinas, en un alto por ciento mujeres, donde prevalecían las personas percibidas como de color de piel blanco, negro y mulato. Entre ellos se hablaba y habla de la “Divina Providencia”, de la Virgen María y de todos los santos del catolicismo en igualdad de condiciones con otros seres espirituales, nunca concebidos ni mucho menos asumidos como “Seres Supremos”. Esta cosmovisión y concepción espiritualista dejó profundas raíces en mi alma. Crecí en el seno de un hogar con esas tensiones en cuanto a filosofías religiosas y, más bien, asumí una postura distante, no de indiferencia o de agnosticismo, como la de mi padre.

Esta es la filosofía que me ha distinguido como individuo: respetuoso de cada uno de los sistemas religiosos existentes en el planeta, que situó al mismo nivel de jerarquía e importancia con respecto a todos aquellos creados por los pueblos que habitan en otros continentes y que nosotros, por un enfoque equivocado, denominamos “religiones populares”, “religiosidad po-

---

<sup>3</sup> Me refiero al estilo de vida a la manera de los cristianos primitivos que han asumido y llevado – y aún siguen – muchos de estos cordoneiros, que conforman comunidades muy estrechamente unidas por valores éticos, extrema espiritualidad y con un alto sentido del desprendimiento de lo material y con fuertes lazos de solidaridad. Cerca del histórico lugar donde levantó el ingenio la Demajagua, tuve la ocasión de compartir con una de estas comunidades que habían renunciado a la tarjeta de racionamientos o “libreta de la comida”, compartían bienes de consumo familiar y tenían en sus altares fotos de Camilo Cienfuegos y de Ernesto Che Guevara, a quienes veneraban como espíritus de altísima elevación.

pular”, “sistemas mágico-religiosos”, etc., como medio de situarlos, tal vez inconscientemente, en un escalón inferior.

Mi padre abandonó la casa de la finca de Mayabe, donde había vivido con mi madre y le había nacido su primera hija, a quien bautizaron con el nombre de Rosa Juana, en alusión a su oficio de vendedor de flores y al nombre de realeza que le dieron los españoles a la isla de Cuba; se fue a vivir a la casa de una de sus hermanas y luego a la que sus padres tenían en la ciudad de Holguín, muy cerca de la tenería de pieles operada por varios de sus paisanos franceses. Se establece en el barrio de Pueblo Nuevo, justamente cerca de donde conoció a mi madre en casa de unos árabes, donde ella era trabajadora doméstica. La historia de este barrio cuya fundación se atribuye a los franceses; la de su poblamiento y las historias de vida de sus gentes humildes, tanto como el peso de los valores que han funcionado como valores-guías orientadores de sus vecinos; los estereotipos sociales y los patrones del comportamiento instituido como una constante en el reaccionar del pueblo...; todo eso está por estudiarse y escribirse.

#### PLATO SERVIDO EN LA MESA HOGAREÑA: LA “SOCIEDAD DEL *CONGRİ*” ENTRE LOS ARROYOS MARAÑÓN Y JIGÜE

Nací en una humilde casa de techo de paja, surcada por un canal metálico que permitía correr el agua de lluvia, y paredes de ladrillo de barro cocido, con un frente reguarnecido por un precario techo de zinc. Originalmente esas viviendas tenían piso de tierra que, en nuestro caso, fue transformado luego en piso de cemento. Carecíamos de agua de grifo, el agua potable se almacenaba en tinajas de barro, famosas por su frescor – y el servicio “sanitario” era un “excusado” situado a escasas varas de la casa. En el patio espacioso donde florecían los cerezos, movía sus ramas un árbol denominado guácima, otro de anón y un pozo donde a menudo yo echaba los *guyacones*, *biajacas* y *jicoteas* que atrapaba en el cercano arroyo “Marañón” que se abrazaba en su curso, puentes más adelante, con el arroyo “Jigüe”, adonde desembocaba el Callejón “K”, éste con una sola vía de entrada. Igual que al de casi todos mis hermanos, mi parto lo asistió Josefa Noris, una comadrona

afrodescendiente que vivía con su familia frente a nuestra casa y con cuyos nietos jugaba diariamente en el barrio y con una de los cuales compartí aulas en la escuela pública de nivel primario, sin que por mi mente hubiese pasado por un solo instante que tuviesen un color de piel distinta a la nuestra. Habían sucedido en el proceso de formación de la identidad del cubano y de la configuración de la nación cubana hechos, condiciones y circunstancias que habían permitido ese acto de integración etno-cultural y “racial” que posibilitaba esos actos de la vida cotidiana que a nuestros ojos de niños, adolescentes y jóvenes se proyectaban aparentemente como normales, pero no lo eran en absoluto, en comparación con el racismo imperante en la “otra cara” de esa misma sociedad.

A la derecha de la casa natal, vivía otra familia de “gente de color”, con una prole de siete vástagos y con una de esas cuatro hermanas tuve mi experiencia sexual iniciática... Sin dárme las de galán enamorado, mi segundo amorío se produjo con otra adolescente de una familia blanca, que había emigrado del Yayal, “monte” cercano a la ciudad. A la “cabeza” de cada acera o esquina con la calle Tercera vivían dos familias afrodescendientes: a la derecha, los Mojena, cuyo horcón mayor era propietario de una *venduta* o venta de frutas y verduras, quien poseía conocimientos de historia y de cultura que se preocupaba mucho en exponer a sus clientes y quien fue el primer presidente del Comité de Defensa de la Revolución (CDR) que se estableció en la cuadra<sup>4</sup>. A continuación de la casa de la familia Mojena se estableció la familia de los Drigg. Al frente de los Mojena habitaba la familia de “Vitico” Chapman con su esposa Haydée; él trabajaba como conserje en una escuela y ella de ama de casa. A mediados de la acera opuesta, vivía la familia de los Céspedes, ninguno de cuyos integrantes alcanzaron entonces la educación universitaria, pero sí oficios que les permitieron vivir con cierto nivel de dignidad, que compensaba el reducido aporte del jefe del núcleo con su paga de jubilado.

---

<sup>4</sup> Comité de Defensa de la Revolución (CDR) – organización de masas instituida en Cuba en el primer año de la Revolución Cubana.

Resulta de mucho interés las relaciones de convivencia pacífica establecidas entre familias de una y otra “coloración” o pigmentación de piel, aun cuando sus casas de habitación eran en algunos casos contiguas. La última casa de la acera derecha, cuyo frente daba al río Marañón, también poseía paredes de madera y techos de zinc, la ocupaban unos “guajiros” procedentes del asentamiento rural Mejía. Los vecinos la llamaban “la casa de las galleguitas”, por el biotipo subidamente “español” con que los cubanos dibujamos a los españoles, que imaginamos de tez blanca caucásica, sangre roja “pura” y con mejillas “colorás”, como las tenían estos vecinos.

Separados por la casa de los Virelles que habían venido de Banes, en una de las orillas de ese riachuelo, hacían hileras las denominadas “casas de los negritos”, donde destacaba una familia con descendencia<sup>5</sup> muy numerosa, de apellido Jibacoa, uno de cuyos integrantes fue alistado como “casquito” del ejército del general golpista Fulgencio Batista Zaldívar (Banes, Holguín, 1901-Marbella, España, 1973), quien en ese momento se enfrentaba a muerte al Ejército Rebelde.

Al lado de los Jibacoa vivía la Abuela Sixta con dos nietos, - uno de ellos con discapacidad psicomotora. Su humilde choza de piso de tierra sobrevivía a duras penas a las lluvias que por aquél entonces se prolongaban varios meses y que, de haber sido acompañadas por medianas ráfagas de viento, la hubieran hecho volar. Vivían “del aire”, decir cubano que significa sin fuente de trabajo ni de recursos provenientes de ninguna institución pública o privada, ni siquiera benéfica, ni que yo sepa de ningún tipo de “remesa” familiar. Pensando ahorita en voz alta, se me pone la piel de gallina al reconocer que desconozco cómo se proveían de alimentos los miembros de la familia de Sixta para sufrir la sobrevivencia, a la que tantos humildes hijos

---

<sup>5</sup> Por la urgencia y el escaso espacio, prefiero enmarcar las relaciones entre las familias y vecinos del barrio pobre Pueblo Nuevo de la ciudad de Holguín: barrio donde nació en 1949 y donde viví hasta 1965. Tiene características históricas y económico-sociales muy diferentes a las de las dos provincias que integraron la Franja Negra sur-oriental: hubo un pobre desarrollo de la plantación esclavista, por lo que fue muy reducida la población africana en condición de esclavitud, no así la población afrodescendiente traída de las cercanas islas del Caribe en la primera mitad del siglo XX, por exigencias del desarrollo de la producción de azúcar para abastecer el mercado mundial, con punto de expansión a partir de la I Guerra Mundial (1914-1918).

de nuestro pueblo debían afrontar en el quehacer del “día a día” en el que comías, pasabas hambre o, en muchos casos, morías.

En este párrafo, y en parte de los que le preceden, están dibujados los “ingredientes” étnicos y “raciales” principales del cubano. Así su identidad y “carácter nacional” es fruto del intercambio prolongado que se produjo entre los pueblos venidos de la Península Ibérica, fuertemente mestizados, la mayoría de ellos por la presencia temprana de africanos y luego, de manera prolongada, de árabes musulmanes que la ocuparon durante varios siglos y con los “pueblos originarios” que encontraron en el Nuevo Mundo – me refiero a las tribus, comunidades étnicas y pueblos prehistóricos, que los españoles confundieron y llamaron “indios”, con quienes se pondrían en contacto, en oleadas sucesivas, los miembros de numerosos pueblos, comunidades y grupos étnicos traídos de África para someterlos al oprobioso régimen esclavista y con otros muchos pueblos y culturas que se sumaron después, incluidos los provenientes de los Estados Unidos de América, ya en la segunda mitad del siglo XIX.

Confieso que estas dos humildes familias afrodescendientes, con su precariedad económica que puedo calificar de pobreza, en un caso y de pobreza extrema en el caso de la Abuela Sixta, siendo yo un niño, sembraron en mi corazón la primera semilla de conciencia de la injusticia existente en aquella sociedad. La sociedad que nos dividía en dos partes exactamente como estaba dividida la ciudad: entre “los de arriba” (poseedores de dinero y riquezas, ubicados en el Centro) y “los de abajo”, quienes vivíamos en los barrios marginales, donde desafiando la moral de la clase dominante – se podía mezclar gente mísera, materialmente hablando, pobres de orilla y especialmente gente blanca con gente negra y mulata, sin que mediasen entre ellas inconciliables diferencias “raciales” o sea, separadas en el interior del barrio por el color de la piel.

¿Cuál era la causa de esa integración racial? La lucha por la vida. Estas contradicciones se “subsumían”, eran aplazadas o sumergidas debido a la prevalencia del factor económico que determina el comportamiento del resto de las esferas de la vida en sociedad. Así, el estado de apremio de lucha por la supervivencia imponía y establecía entre estos estratos marginados de la sociedad lazos de ayuda mutua, apoyo de diversa índole y de solidaridad,

que se expresaban también en tolerancia y, sobre todo, en convivencia pacífica, más allá de las tensiones manifiestas y de la discriminación – por extracción social, situación social y color de la piel – a que los afrodescendientes eran sometidos en otros ámbitos de esa misma sociedad clasista y discriminadora, étnica y “racial”.

La sociedad del barrio donde nací se transformó, paulatinamente, en “comunidad”, es decir, en otro tipo de sociedad donde “moros y cristianos” fueron unidos por circunstancias y condiciones que pusieron las diferencias en un sitio tan lejano que sus miembros sólo pensaban en el alimentar a sus numerosos críos, al precio que fuese necesario. La sociedad cubana siempre fue de immediateces, del hoy y aquí, en el que había que dar respuestas a cada necesidad del “diario”, palabra muy recurrente en expresiones muy empleadas por el pueblo. Habíamos dejado muy atrás el perfil de intolerancia, prejuicios y discriminación social y racial característicos de la Hispanidad, las propias de la España de “moros y cristianos” enfrentados entre sí en una lucha que retumba como sordo campanario en días de guerra y de luto y que tiene aún representaciones simbólicas en algunas de las fiestas públicas que se realizan en la Península Ibérica y que he tenido el privilegio de observar en pueblos y aldeas de Valladolid y de sus alrededores<sup>6</sup>.

Los cubanos emergimos, brotamos de las azules aguas del Mar Caribe o de lo más profundo de una Isla en la calidad y en la condición de miembros de la “comunidad del congrí”, donde resalto *congrí* por ser voz compuesta por la raíz bantú *cong* o voz conga – obviamente procedente de África – con la palabra *ris*, palabra de origen francés para designar el cereal arroz. Como en el *melting-pot* en que se cocina la olla podrida o el *ajiaco*, en lugar de esta metáfora con la cual don Fernando Ortíz definió la cultura cubana y que nosotros sustituimos por la del *congrí*.

Como sutil nota de las diferencias existentes entre la población cubana, “los habaneros” han rechazado el uso de la palabra *congrí* y, hasta el Sol de hoy, siguen usando y han llegado a imponer la castiza “moros y cris-

---

<sup>6</sup> A esa confrontación de “moros y cristianos” debe añadirse la confrontación del Poder Católico a la comunidad judía, que finalmente sería expulsada tanto de los nacientes Reinos de Castilla y Aragón como de Portugal con destino al Nuevo Mundo.

tianos” para referirse al mismo plato de la gastronomía típica cubana. Desde mi punto de vista, la sociedad cubana no es la del “todo mezclado”, sino la de la síntesis magistral de los componentes etno-culturales que más arriba hemos mencionado, que concurrieron en el espacio donde cristalizó primero el sentimiento de arraigo y amor por la tierra donde ella nació, dando así lugar al nacimiento del criollo, luego a la cristalización paulatina de una identidad propia, diferenciada y unificadora, hasta el punto de ser compartida por muchos grupos “étnicos” y estratos y grupos sociales, hasta que surgió la nacionalidad, afincada primero inconscientemente y luego, con progresivo sentido de conciencia, como resultado del proceso de interacción, intercambios y transculturación que se produjo entre el sustrato amerindio y en los valores forjados por la convivencia de “indios”, africanos en situación de *cimarronaje* y mulatos libres, en especial en los *palenques* o asentamientos de esclavos fugitivos o *cimarrones*. Todos estos frutos fueron instalándose en el inconsciente colectivo y luego brotando, expresándose socialmente del campo a los centros urbanizados creando los elementos simbólicos con que fue vestido el paisaje, la palma real, – ¡ay! la palma – para que vistiera nuevos colores, olores y sabores, en un espacio espiritual compartido por todos, al que finalmente denominamos “la patria”.

En justicia, la patria se había forjado mucho antes de 1868 en un proceso en que la sangre autóctona se sumó y amalgamó con la de los africanos libres; en conatos de insurrección y de enfrentamientos armados hasta que terminó formando parte del traje militar del soldado mambí, en forma de escarapela y de pabellón adosado al sombrero de paja del jinete que marchaba al combate en la *manigua* redentora, en el rechinar del machete y en el fuego de las armas “mambisas”... hasta el punto de cima en que se llegó a establecer incluso una “República en Armas” como expresión legitimadora y legal de lo que ya era un hecho: el nacimiento de nuestra “nación cubana”. Los valores, patrones de comportamientos y relaciones sociales establecidas luego “entre cubanos” sólo pueden ser explicados a partir de lo ocurrido en ese proceso histórico-cultural al que nos hemos estado aproximando. Y sólo así, se puede hallar significación a lo ocurrido en el interior de mi familia, y en mí mismo, en el desarrollo de nuestras vidas, en uno y otro sentido; sea en aptitudes prejuiciadas o en actitudes de absoluta incorporación consciente

a la lucha contra los flagelos arrastrados desde España y que han circulado por nuestras venas hasta el presente.

El padre de “piel morena” de mi primer amorío adolescente llegó a ejercer uno de los raros oficios permitidos a los “negros” en una sociedad marcada por las barreras y las diferencias raciales: manejarle el automóvil privado a una persona considerada rica, propietaria de un enorme establecimiento comercial ubicado en el centro de la ciudad y que era, naturalmente, un amo de tez blanca. Este hecho lo considero un duro hueso a roer, lo evaluó como resultante de un ascenso social proporcionado por la lealtad del chofer a su “amo” en tantos aspectos de la vida mundana, pero confieso que todavía debo someterlo a análisis más concienzudo, dado que en su numerosa familia sólo uno de sus miembros llegó a ocupar un oficio “decente”: el de músico instrumentalista y una de sus hermanas accedió al puesto de enfermera. Como sucedió con el resto de las “familias de color” con quienes compartimos aquella etapa de nuestra infancia-adolescencia, casi todos los miembros de esta familia emigraron a La Habana, donde algunos de ellos viven aún.

#### “KIOSKO MILLET”

Al cabo de varios años, mi padre había alcanzado cierta holgura económica, fruto de su incansable trabajo en el que se aplicaba día y noche y a su voluntad de construir una familia integrada por siete hijos con esfuerzo propio, sin haber explotado nunca a ninguna persona. Así, logró ubicarse en el rango laboral de la “gente de comercio”, según rezaba la inscripción en su Patente del Ministerio de Hacienda, luego de haber transitado por oficios disímiles y azarosos, como los de vendedor ambulante de flores, carretonero, elaborador artesanal manual y vendedor de guarapo de caña de azúcar, finalmente, hasta hacerse propietario de un “kiosko”, donde vendía productos tan diversos como golosinas, dulces, caramelos y otras mercaderías, como cigarros, fósforos, hielo, refrescos y maltas embotellados y, como ofrecimiento fundamental desde el punto de vista de las ganancias, bebidas alcohólicas.

El “Kiosko Millet” estaba ubicado en la primera esquina de la Calle Real, principal vía de acceso a la ciudad de muchos campesinos y por donde transitaba la mayoría de los vecinos del barrio que se dirigían a/o regresaban de sus centros de trabajo, de estudio o realizar la mayoría de las gestiones en oficinas del centro de la ciudad. Apenas a pocos metros cruzaban veloces por debajo del puente las dulces aguas del Marañón y, a escasos pasos, estaba ubicada la estación ferroviaria, alrededor de la cual podía apreciarse la actividad de muchos obreros empleados en varios almacenes. A no dudarlo, esos obreros y transeúntes constituían los virtuales compradores de los productos que mi padre vendía.

Notaba una alegría en el rostro de mi padre cuando le llevaba el almuerzo; desde su negocio se divisaban algunas casas habitadas por los árabes donde había conocido a mi madre. Por su mente, mientras exhalaba un habano, recostado al taburete, pasaban raudos los recuerdos de quienes habían sido amigos de tantos años. Los árabes ya no eran aquellos seres que se habían dedicado al comercio trashumante en los campos del partido holguinero, sino que se habían convertido en dueños de pequeños negocios, como el de las usuras y de establecimientos comerciales ubicados en centros citadinos, cuyas ganancias les permitían criar a sus familias con cierta flexibilidad en cuanto a comodidades y confort.

Trataba de retener el tiempo que había pasado con gran premura y en cuyo espejo divisaba a mi madre cuando ingresó a la vida citadina como una humilde hija de un obrero agrícola, sin ninguna otra opción que la de vender su fuerza de trabajo y energía en la familia de unos “extranjeros”, dada la casi nula preparación laboral y la elemental educación formal que para la época tenían los miembros de la clase campesina desposeída. Ella, se reafirmaba en la mente que sus hijos se dedicarían a estudiar, a hacerse profesionales como el doctor Ciro Agüero, el único médico “de color” que había logrado hacerse de esa profesión en nuestro barrio.

¿Cómo lo había logrado un joven siendo mulato en una sociedad racista? Muy simple: “lavando y planchando ropas”, por supuesto, no el muchacho afable y amistoso que fue siempre, sino su madre que cobraba por este oficio doméstico. Justamente, en la calle prolongación de Narciso López donde vivía su padre Aníbal con el resto de la familia, el doctor Agüero

montó su consultorio y resultó ser pionero en eso que ahorita denominamos el “médico de familia”. Mi hermana mayor desconoce el oficio de Aníbal, pero me relata que salía cada mañana vestido de traje, con cuello y corbata. No estoy completamente seguro que lo hubiésemos conseguido en aquellas condiciones económico-sociales en cuyo marco histórico nos estamos moviendo, pero debo confesar que seis de los ocho hermanos nos hicimos universitarios y los dos restantes alcanzaron uno la educación media superior y, la otra, la educación primaria.

#### ENTRE MAESTROS, CONSERJES, MENTORES Y AMIGOS NEGROS: MI FORMACIÓN ANTI-RACISTA

Tuve acceso a valores que no me proporcionó la educación formal, primero de manos de mis padres que me inculcaron el imponerme metas alcanzables con el esfuerzo propio, y el de la independencia: el abrirse paso entre el mar de dificultades contando con la voluntad de vencerlas y con el empleo de todo tipo de recursos emanados de la creatividad propia. Otros los obtuve en mi interrelación con los miembros de las familias del Callejón K donde nací, algunos de cuyos miembros se convirtieron en verdaderos tutores y, también, de quienes vivían en sitios cercanos al barrio.

En la escuela me distinguí por ser un estudiante brillante, a pesar de que apenas estudiaba en la casa. Las prédicas de algunos de mis maestros me inclinaron a la literatura y de otros guardo un testimonio de respeto y agradecimiento por el afecto que me inculcaron. Reconozco que ellos me enseñaron el valor de los libros no sólo como herramientas de acceso al conocimiento, sino como obras creadas por el hombre donde uno podía zambullirse para disfrutarlas como obras de belleza.

Fue fundamental en mi formación con respecto al Hombre, tener maestros negros, distinguidos por sus valores positivos y quienes crearon el clima de confianza que permitieron compartir con alumnos negros y mulatos en un mismo salón de clase, sin que saltara la horrible liebre discriminatoria o racista.

Pero estoy obligado a reconocer que aprendí la noción de la amistad entre los parroquianos asiduos a aquel “Kiosco Millet” que, a partir del caso devenía en bar, sin dejar de seguir vendiendo las golosinas que compraban los niños y adolescentes por encargo de sus padres.

Reflexiono que las personas de estratos más “bajos” de la sociedad, fundamentalmente los humildes obreros y los trabajadores manuales, saltaban la barrera de simples clientes para devenir en amigos de mi padre. Un hombre de tez morena, alto y flaco, se convirtió en Quijote Negro que lucía en su boca la breva que denunciaba su oficio de tabaquero. Diego Antonio Silveira degustaba el aguardiente de caña cada tarde, acompañándolo siempre por una conversación donde mostraba dominio de muchos temas relacionados con el mundo, el hombre y la sociedad. De sus labios escuché por primera vez hablar de los ideales verdaderos de los patricios del independentismo cubano y de Marx, Lenin y de una sociedad de iguales que se llamaba comunismo.

#### EL ÁRBOL DE LAS MENTALIDADES DISCRIMINATORIAS, PREJUICIADAS Y RACISTAS

El delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo  
mucho tiempo todavía.

J. Martí, *Miradas de fin del siglo* (1878)

La organización de aquella sociedad era claramente clasista en su jerarquización casi “estamentaria”: en mi ciudad natal, la clase dueña de los medios fundamentales de producción se reducía a una pequeña cantidad de familias poseedoras de tierras, comercios y pequeñas fábricas, de bienes materiales suntuosos, como residencias privadas e inmuebles que alquilaban y basaba su capital en la explotación en el campo de una mano de obra semi-esclava procedente de las Antillas. Había un casi insignificante desarrollo de industrias locales propias e imperaba una industria principal basada en el monocultivo de una sola planta, especie gramínea: la de la caña de azúcar. Como ocurría en el resto del país, la producción se concentraba en la elabo-

ración de un solo producto, el azúcar, que se exportaba y vendía principalmente a un solo país: a los Estados Unidos de América.

Pudiéramos caracterizar a la cubana como una sociedad de economía múltiplemente dependiente del cultivo de una sola especie de planta, de cuya producción se extraía un solo fruto de origen agrícola y de la exportación de éste para su venta fuera del país y, en consecuencia, basada en y dependiente del comercio exterior. Y si aplicamos la idea martiana de que “el que compra, manda”, se tendrá a la mano la clave estructural para entender el resto del drama de una sociedad mono-productora y mono-exportadora, así como de la conformación de mentalidades afincadas en un solo centro de poder controlado por una oligarquía comercial exportadora; sociedad y mentalidades mirando, en el pasado (1492-1898), a Europa y, en la contemporaneidad (1898-1959) al Norte... siempre dependiendo, en casi todo, del extranjero.

“Los extranjeros” devendrían para entonces como un signo de “fatalidad”, en una especie de “destino manifiesto” del que no se podía escapar..., fuesen éstos los dueños principales de tierras, como lo eran los estadounidenses, en particular en el extremo más oriental de Cuba – de las tierras ubicadas y comprendidas en las antiguas provincias de Camagüey y Oriente; o como propietarios de parte sustantiva de la industria única del azúcar, de la que dependía todo en aquella sociedad o también pudieran ser éstos entendidos como “la exterioridad” incontrolable y al mismo tiempo esperanzadora, como las manos extendidas desde o hacia el Norte, entendido este no como simple punto geográfico, sino como centro de poder hegemónico, de cuya compra dependía la existencia de cada uno de los miembros de nuestro pueblo, tuviesen o no conciencia de esa dependencia casi absoluta del poder que los “extrañaba”, ni siquiera del comercio exterior del que pendía la balanza de la vida de cada quien y del conjunto de la sociedad.

Y esto ha sido así siempre. Desde la segunda mitad del siglo XIX, hasta recorrer el siglo siguiente y abarcar el presente, han marcado la brújula del cubano ciudades símbolos: durante la colonia, Madrid y París: “el sueño europeo”, de ser hispanoamericano; Washington, Nueva York y a partir de 1959, Miami, simplemente “el Norte”: el “sueño americano” convertido en el lenguaje creativo del pueblo cubano que vive hoy en la Isla como “El Yuma”, para llegar al cual se deja todo atrás si es preciso: madre, esposa, hi-

jos, propiedades y se está en disposición combativa de lanzarse al Mar Caribe a riesgo de lo más preciado que tiene la criatura humana: la vida. Al menos en las últimas décadas, el comportamiento del cubano ha estado signado por este *leitmotiv* psicológico o patrón socio-cultural de su existencia, querámoslo admitir o no por conveniencia de cualquier tipo; por cerrado, dogmático o voluntario posicionamiento ideológico: a la familia cubana, y dentro de ella al más radicalmente patriota, revolucionario o comunista, nos ha impactado esta realidad de “emigrar a toda costa”. Es que la sociedad cubana cambió, en un abrir y cerrar de ojos, de ser una sociedad de inmigrantes a una sociedad de emigrados; en este caso de los propios cubanos que recibieron en su seno familiar a gente de todo el planeta.

¿Qué pasó en el cubano para que se produjera en sus psique, ideales, aspiraciones, modelos de sociedad y de ser humano, mentalidad, espíritu, patrones de conducta para que esta transformación tan radical tuviera lugar en su ámbito vital y patrio? Es pregunta que escapa al objetivo central de estas líneas.

#### VUELTA A “CASA”: LA SEGREGACIÓN RACIAL

La sociedad local en que nací estaba organizada en clases y grupos sociales perfectamente delineados y delimitados en espacios físicos que respondían al trazado urbano impuesto por España. Así, existía una plaza mayor alrededor de la cual estaban situados los inmuebles de la Iglesia, los de las autoridades civiles y militares. Cerca funcionaba un mercado y en un trazado perfectamente delineado se situaban los principales centros comerciales. En esta estructura radial, las calles se cortaban perpendicularmente en un trazado casi perfecto, alojando en ellas las casas de habitación de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, así como las de las clases sociales adineradas. Los mencionados grupos y estratos sociales establecían un sistema axiológico y normas de convivencia social que no podían ser violadas bajo ningún concepto. Así, los habitantes de la ciudad de Holguín eran mayoritariamente descendientes de españoles y la ciudad estaba marcada fuertemente

por la división de la gente por el color de la piel; en ella existían clubes para “hispanos” a los que no tenía acceso la “gente de color” y otros espacios sociales para ésta denominadas “Sociedad de la gente de color” o de Negros y la otra ¡el colmo de la división entre los propios oprimidos!, para mulatos, quienes aspiraban a desmarcarse de los negros en su ansia de ascenso social. La aspiración del mulato era casarse con una blanca, aunque fuera “de orillas”, con el objeto de “adelantar la raza”.

En aquella sociedad era casi impensable que un blanco se casase con una negra; a lo sumo, si pertenecía a la burguesía terrateniente, a la clase media, a la pequeña burguesía o simplemente a familias “blancas” con aspiraciones de ascenso social podía tener con una “mujer de color” una relación extramatrimonial, oculta y con el extremo cuidado de que nadie se enterase. Los estereotipos sociales se aplicaban con la mayor rigidez: ese blanco se acercaba a la negra o a la mulata persiguiendo objetivos meramente sexuales y la sociedad lo aceptaba, como sucedía con el “rito de paso” al que sometían a los jóvenes llevados por sus padres a los famosos *ballús* donde los padres les recomendaban acostarse con una muchacha de la “raza de ébano” como prueba de fuego. Por su parte, la negra que por su libre albedrío se acostaba con un blanco de clase, a los ojos del resto de la sociedad, era considerada como de la “mala vida”.

Recuerdo que siendo niño y durante la adolescencia, mis hermanas mayores me llevaron al Parque Calixto García, donde los blancos circulaban por el centro de la plaza y por el segundo anillo, mientras que esas “personas de color”, sólo podían hacerlo por las aceras que la bordeaban; nunca acceder a aquellos espacios reservados a los blancos. Había otras ciudades donde la segregación racial era mucho más violenta; por ejemplo, en la ciudad de Camagüey a la “gente de color” le estaba prohibido el acceso a determinados espacios, como un parque en el que paseaban sólo los “blancos”. Todas estas situaciones de prejuicios, segregación y conductas asociadas al color de la piel y, específicamente, a los afrodescendientes, a los mulatos y a una población derivada de la mezcla de estos con personas “blancas” (población mestiza a la que en Cuba se le llama *jabados*), fueron enfrentadas, al igual que otras lacras heredadas de la sociedad capitalista, por el proceso iniciado en

enero de 1959 y que se impuso colocar en su lugar la “sociedad socialista” proclamada en el mes de abril de 1961.

Es cierto que se produjeron cambios irreversibles en buena parte de la sociedad, empezando por los de su sistema económico-social. Pero no todos esos cambios estructurales actuaron como principio o ley de mecánica causa-efectos. Se pensaba que cambios profundos, como los de la reivindicación de la dignidad humana del cubano, las oportunidades abiertas a todos en cuanto acceso a los derechos humanos fundamentales, como los de la garantía al trabajo, a la salud, al estudio, a la educación, a la superación personal y las transformaciones estructurales eliminarían de la conciencia los aspectos negativos arriba mencionados e inducirían a comportamientos automáticos acordes con esos cambios profundos que tuvieron lugar en la vida material y, en gran medida, en la economía.

Pero no ocurrió así, al menos en el tiempo en que se había calculado desaparecerían esas lacras heredadas del pasado capitalista. La subjetividad es el espacio más difícil de tratar y dentro de ese espacio los cambios no se producen – ni desplazan los objetos que se proponen erradicar – de la noche a la mañana. Ni mucho menos logran tan nobles empeños dando saltos “olímpicos”, que rompen récords establecidos desde un tiempo inmemorial.

Mi madre, de biotipo indio como les narré, se fue a la tumba sin haber aceptado que una de mis hermanas se hubiese casado con un “negro” ni hubiese aceptado que yo lo hubiera hecho con varias de mis mujeres de “piel morena”, excepto con la venezolana. Y su caso ilustra el de muchas personas más en la sociedad de cuya conciencia no fueron erradicados aquellos estereotipos socio-culturales heredados de la España de los “moros y cristianos” y consolidados en ella tras más de cinco siglos de coloniaje y neocolonialismo. Se combatió; se luchó y se avanzó, pero la lucha aún continúa, enfocada a erradicar de toda la sociedad las trazas del racismo que nos impusieron a los cubanos durante la colonia y la del neocolonialismo.

### 1959: LA REVOLUCIÓN DE LOS BARBUDOS

El triunfo en enero de 1959 de la “Revolución de los barbudos” liderada por el abogado, intelectual y político Fidel Castro Ruz (Birán, Holguín, 1926), levantó un telón para mostrar al mundo la “época de cambios” en cada uno y todos los aspectos de la vida social de la Cuba de “moros y cristianos”, hasta entonces enfrentados por dominios en lo económico, social, político y cultural. La Revolución se impuso alcanzar el modelo de una sociedad de derecho, de justicia social y de igualdad por encima de todo tipo de diferencias, incluidas las dadas por la procedencia étnica, el género, el color de la piel y los bienes materiales. Inmediatamente me incorporé a su locomotora mediante la entrada en organizaciones de masas juveniles y con una activa participación en programas de trascendencia cultural, como la Campaña Nacional de Alfabetización, en 1961. Comencé mis estudios de Filosofía Marxista-Leninista apenas en la primera juventud; a los 14 años milité en la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y, pronto, siguiendo los dictados de los Manuales de Filosofía soviéticos, la “concepción materialista de la historia” me haría creer que mi madre era una “espiritista” más; el “Cordón”, a una de cuyas comunidades ella pertenecía, “cosa de atraso” y, en general, la religión el “opio de los pueblos.”

### 1969: *PENSAMIENTO CRÍTICO*

A partir de 1969, mi formación en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana transformó radicalmente muchos conceptos e ideas que había tenido como inamovibles fruto de esa formación de pensamiento dogmático; cambió mi visión del mundo; me enseñó que no bastaba con “volver a sentir” las cosas relacionadas con nuestra historia nacional y nuestra idiosincrasia cubana, sino que todo debía ser asumido con “pensamiento crítico” – tal era el nombre de la revista *Pensamiento Crítico*, producida por el propio Departamento de Filosofía y considerada por el etnólogo brasileiro Darcy Ribeiro (1922-1997), como la revista más significativa del

pensamiento “no oficial” e independiente nacido en el proceso de cambios irreversibles iniciados en el “año de enero”. Se luchaba entonces por romper con las cadenas y desasirnos del grillete de la Filosofía impuesta en Cuba por el neoestalinismo soviético y de abrirnos al mundo con “cabeza propia”, como lo había hecho antes un revolucionario que nos servía de modelo con su propuesta de *Hombre Nuevo* o arquetipo social y humano que se había propuesto alcanzar la Revolución, de la que me considero hijo: me refiero, naturalmente a Ernesto “Che” Guevara, nacido en Rosario, Argentina en 1928 y asesinado en La Higuera, Bolivia, en octubre de 1967.

#### 1970: EL GOLPE DE TIMÓN EN MEDIO DEL HURACÁN

Mi liberación de ataduras “foráneas” como pensador se produjo a partir de 1970 y tuvo su punto más alto con la fundación en 1982 de la Casa del Caribe, cuya labor en Cuba se centraba en los pueblos del Caribe y, a nivel internacional, evidenciaba a una escala inusual que, la “intelectualidad orgánica” nacida en el seno de la Revolución, se había consolidado y, asimismo, se había abierto paso a una nueva concepción del mundo que nos permitiría acceder a las culturas de los pueblos objeto de estudio de una manera desprejuiciada, libre y propia. En las líneas subsiguientes, en lo referido al tema etno-“racial”, ofreceré algunos hechos y pruebas respecto al estudio de la excepcional presencia de África en todos los órdenes de la vida social, la mente y la espiritualidad de la comunidad y los pueblos que integramos en Nuestra América, especialmente, una “región histórico-cultural” que denominamos “El Caribe”. En esta región nos habíamos enfocado desde hacía años pero, al disponer ya de una institución como la Casa del Caribe, lo haríamos profesional y sistemáticamente, asumiendo los riesgos de las investigaciones científicas, en lo histórico, social, antropológico y filosófico.

Mediante el avance de nuestros estudios y el contacto con el exterior, se nos hizo evidente que fue a fines de la década de los setenta y, con mayor énfasis, desde comienzos de los ochenta del siglo pasado, que la sociedad cubana se descubrió como perteneciente a una comunidad de pueblos

ubicados en esa región denominada Caribe. Hasta bien adentrado el siglo XIX, se hablaba de “Hispanoamérica”, luego en el XX de “América Latina” y fue un pensador y filósofo cubano de nombre Aníbal Joel James Figarola (La Habana, 1942- Santiago de Cuba, 2006), quien comenzó a desmontar tal enfoque etno-sociológico euro-centista a partir de sus estudios de la Historia local, nacional y regional. Ante sus resultados resultaba todavía más endeble aquel enfoque, sobre todo a partir del estudio del pensamiento abstracto y filosófico existente en las ricas y diversas expresiones de la cultura tradicional de un pueblo, antes tratadas superficialmente como simple folklore.

1982: EL REENCUENTRO CON MI PATRIA CHICA, SANTIAGO DE CUBA  
Y EL CAMINO POR LA ANTROPOLOGÍA

Comenzó en aquella década de los ochenta mi carrera como científico social y antropólogo la que, luego de transcurrir poco menos de un cuarto de siglo, me llevó a convertirme en uno de los especialistas principales del país en el conocimiento de las religiones afrocubanas – entre éstas, del vodú – y, uno de los más importantes conocedores de las variantes cubanas del Espiritismo en el Caribe y en Nuestra América. Como la presente colaboración para la *Revista del CESLA*, cada uno de mis escritos y publicaciones – que suman varios centenares de artículos, reseñas, estudios y veinticinco libros de nuestra autoría, ha estado respaldada por una labor de estudio, investigación y sistemáticas observaciones de campo con comunidades y personas creadoras, herederas y portadoras de diversas tradiciones culturales, tanto ancestrales como populares, como las de las culturas locales de marcado carácter “afrocubano”. He asumido la responsabilidad de cada uno de los textos que he escrito y publicado, lo cual haré hasta el final de mi vida. Mas he estado consciente de que la producción intelectual de mi autoría ha tenido antecedentes muy importantes, sin los cuales la mía no hubiese sido posible. Me refiero a instituciones, a sabios, investigadores, intelectuales y creadores, cuya obra ha sido nuestro punto de partida y la que hemos seguido consecuentemente.

Joel James se convirtió en el tutor y guía más cercano de nuestros estudios etno-sociológicos; en el investigador acucioso que colectaba de la realidad circundante el dato en apariencia más insignificante, lo pensaba y lo colocaba en el rompecabezas que es la cultura del pueblo a que nos hemos referido; en el pensador y filósofo cubano a quien rindo honores cada vez que repaso mi vida, sopeso la evolución de mis ideas y describo la hazaña que nos fue posible realizar, desde la Casa del Caribe, que fundamos el 23 de junio de 1982; la que echó a andar y se mantuvo en activo funcionamiento durante los primeros lustros, con escasos recursos materiales, muy poco dinero, sorteando la suspicacia de burócratas que no creían en el alcance de nuestros empeños; la envidia de intelectuales y el desdén de muchos colegas “habaneros”, pero que, con una férrea voluntad, supo alcanzar inteligentemente las metas que nos propusimos en cada etapa de nuestra vida como profesionales agrupados en su “tren directivo” y en el principal de sus equipos: en el Equipo de estudios multidisciplinarios enfocados en las religiones afrocubanas y en las variantes del Espiritismo que dirigí durante más de dos décadas.

Parte de aquella hazaña consistió en habernos constituido en un centro de estudios con autonomía económica propia, en la primera que lo hiciera fuera de la capital del país y en tener como objeto de estudio principal la historia y la cultura cubana, en interrelación muy fuerte con las culturas de los pueblos de la región del Caribe; la otra parte, fue el haber alcanzado logros sustantivos en tales metas y hacerlo con la promoción de sus resultados a través de numerosos medios y modos a nivel nacional e internacional, entre los que apunto las revistas *Del Caribe*, *El Caribe Arqueológico* y la realización de una edición anual del Festival del Caribe, evento cultural y académico que fundamos en abril del año 1981 y se mantiene hasta el día de hoy, aun sin la presencia física de sus fundadores.

1982-2005: CASA DEL CARIBE: EL “MÉTODO” DE ESTUDIOS  
DE LAS RELIGIONES AFROCUBANAS Y EL ESPIRITISMO

Uno de los logros más importantes de nuestra labor como investigadores, lo constituyó haber creado un método novedoso de investigación etnosociológica, que puedo resumir así: el co-relacionarnos con el objeto de estudio – como sujeto humano individual o colectivo – de tal modo, que el objeto de estudio nos permitió no sólo acceder a los saberes de los cuales eran depositarios él y los miembros de cada cofradía, sino ser aceptados como miembros del colectivo o comunidad estudiados. Tal aceptación, nos permitió emplear nuestras energías en beneficio-fortalecimiento de su propia identidad y aun de su vida individual desde el punto de vista material y, al mismo tiempo, de haber sabido introducirnos en el alma de estos humildes hijos del pueblo cubano, compartir su vida e infundirles el sentimiento del valor de sus tradiciones al colocarlas al alcance del público que las había visto antes como “tabú”. Y todo lo anterior, devino en la puerta que se abrió para adentrarnos no sólo en sus hogares, como miembros más de sus familias y cofradías con cuyos miembros comimos el pan de cada día; sino que, asimismo, nos permitió ganarnos su respeto, a partir de la valentía de haber dignificado sus creencias y prácticas religiosas en una época en que éstas eran tomadas con sentido peyorativo o de marginalidad, aun por parte de muchos funcionarios de cultura y de representantes de sectores del poder.

Tales formas anteriormente mencionadas nos hicieron acreedores de la confianza y la amistad de esos humildes conciudadanos. Y el colofón no se hizo esperar: fuimos aceptados como sus “hermanos”, categoría no taxativamente afectiva, sino que implica la pertenencia a una comunidad a la que sólo tienen derecho a entrar quienes han nacido en su cultura, iniciados preferentemente de niños o adolescentes o han sido aceptados por todos sus miembros con ese estatus por excepción.

Por antecedentes familiares antes mencionados y por su carácter abierto, fue relativamente fácil lograrlo con los centros o templos del *Espiritismo de cordón*, acerca de los cuales he escrito estudios y libros. Sin embargo, tuvimos que invertir muchos años de investigaciones de campo y asistir a

innumerables sesiones, para acceder al conocimiento de una variante del “espiritismo” muy arraigado en la parte sur-oriental de la Isla: aquella bautizada por Joel James como *Regla Muertera* o *Muerterismo*, acerca de la cual escribí el primer artículo en la revista *Folklore*, de la Fundación Joaquín Díaz, con sede ésta cerca de la ciudad española de Valladolid, donde un tiempo residí. Se trata de otro de los sistemas religiosos que fue descubierto por nuestro equipo de estudios, igual que descubrimos la variante cubana del vodú<sup>7</sup> o vudú de origen étnico diverso, aunque fundamentalmente dahomeyano, congo y yoruba, llevado a Cuba por inmigrantes de Haití.

Por las razones de respeto, lealtad y amistad expuestas, que han constituido nuestras “herramientas metodológicas” fundamentales y propias en el enfoque de las relaciones humanas con los “informantes”, fui aceptado sin ningún tipo de reparos en la mayoría de todas estas comunidades étnicas y religiosas.

Existen “cabildos afrocubanos” en los que no se puede acceder sin haber sido iniciado o previamente aprobado por los miembros de la cofradía: es el caso de la *Regla de Palo* o *Regla de Palo Mayombe*, de la *Regla de Osha* y, en el último de los casos de aprobación, de los *plantes abakuá* o de los *cabildos ñañigos*. Pertenezco al Cabildo afrocubano de origen yoruba “San Benito de Palermo”, fundado en el barrio de Los Hoyos, famoso en Santiago de Cuba y en toda Cuba por la Comparsa Conga que lleva el nombre de este asentamiento, uno de los más significativos e importantes del país por haber concentrado en él una población mayoritariamente afrodescendiente y poseer una riqueza inimaginable en lo que se refiere a la herencia de África en el Nuevo Mundo, patrimonio que abarca todas las expresiones del espíritu, que recorren las fiestas, el carnaval, la gastronomía y, obviamente, el pensamiento religioso.

---

<sup>7</sup> El vodú había permanecido también en desconocimiento como sistema religioso entre los principales estudiosos cubanos y extranjeros dedicados a estudiar e investigar la herencia africana en Cuba, el Caribe y Nuestra América. Al igual que en los cabildos muerteros no se exige proceso iniciático, me adentré en los cabildos muerteros como lo había hecho en los *caimysté*, *hounfort* o *societés* vodúistas y en los templos de cordón: por participación en sus prácticas y ritos consuetudinarios de manera asidua y sistemática.

Los resultados de los estudios hechos en el equipo interdisciplinario integrado por antropólogos, historiadores, un psiquiatra y sacerdotes de las religiones afrocubanas, equipo que fundamos y dirigí en la Casa del Caribe, me llevaron a publicar en República Dominicana la primera edición del libro *El vodú en Cuba* (Santo Domingo, Ediciones CEDEE y Casa del Caribe, 1992) en el que dimos a conocer al mundo el descubrimiento de este sistema religioso, advertido sólo por algunos viajeros que visitaron Santiago de Cuba en el siglo XIX y comentado, ocasionalmente, por investigadores de la talla de Rómulo Lachataigneré (Santiago de Cuba, 1929-San Juan, Puerto Rico, 1951), descendiente de los franceses asentados en la capital de la antigua provincia de Oriente.

Años después también fue en Santo Domingo donde publicamos el libro *Barrio, comparsa y carnaval santiaguero* (Ediciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD; 1997), fruto de un estudio de Sociología cultural, específicamente de la comparsa Conga de Los Hoyos que realizamos en equipo durante casi una década. El Ministerio de Cultura de la República de Cuba le otorgó al primero de estos dos libros el premio nacional en la categoría de investigación sociocultural y al segundo premio nacional compartido en igual categoría.

#### MI INICIACIÓN EN LAS RELIGIONES AFROCUBANAS: VENEZUELA

Fui iniciado en la Regla Conga en Venezuela por el *orihaté*, palero y muertero Vicente Portuondo Martín (Santiago de Cuba, 1949-2003), “ahijado” o hijo de santo de quien fundó nuestro Cabildo “San Benito de Palermo”: “ahijado” del santero Reynerio Pérez, un negro que integró el ejército enviado por el gobierno cubano de turno para aplastar la denominada “Guerrita de los negros”, desatada en 1912 entre los territorios de los alrededores de la actual provincia de Santiago de Cuba y de otros próximos a la actual provincia de Guantánamo. Ambas provincias, situadas al Sur de la antigua provincia de Oriente, integran lo que el historiador demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva (Biarritz, Francia, 1913-La Habana, 1976) denominó la

“Franja negra de Cuba”, por la altísima tasa demográfica de población procedente de África concentrada allí.

Con el permiso de los *babalawos* que dirigieron y participaron en la ceremonia, publiqué en nuestra revista digital *Caribenet* la reseña de mi iniciación en el tambor sagrado de los descendientes de los pueblos yorubas en Cuba y lo titulé “La iniciación de un *omó añá*”<sup>8</sup>, el que recomiendo leer para ampliar la percepción en lo que busco transmitirle al lector de la profundidad y grandeza de una África viva en Cuba.

#### TIEMBLA TIERRA EN GALICIA: AFRO-AMÉRICA Y SANTIAGO APÓSTOL

Las relaciones, el conocimiento y el dominio que teníamos de la mayoría de las religiones afrocubanas y del Espiritismo en sus diversas variantes cubanas, bajo el marco legal de un convenio que la Casa del Caribe firmó con la institución gallega Fundación Eugenio Granell, nos permitieron a los curadores- es decir, a Abelardo Larduet Luaces (Santiago de Cuba, 1953) y a mi persona- organizar la exposición de arte ritual más completa y abarcadora de todas las que se hubiesen organizado hasta la fecha en la Isla.

El representante de la Fundación Granell, Juan José López Goyanes y yo, recorrimos varias veces el país para visitar los cabildos afrocubanos, cofradías ñañigas nunca antes tomadas en cuenta con tal objetivo, *societé vodúistas*, *Casas de Palo*, *Casas Muerteras* y centros espiritistas para conseguir que algunos de sus miembros nos elaborasen manualmente las piezas que alojaríamos en cada una de las salas que diseñamos en la maqueta de la muestra. “Tiembra Tierra” fue el nombre con que bautizamos a dicha exposición, inaugurada en 1998, en la sede de la Fundación Eugenio Granell, en Santiago de Compostela, con la presencia del “último de los surrealistas”, el propio pintor, escritor y poeta surrealista Eugenio Fernández Granell (La Coruña, Galicia, 1912-España, 2001), su esposa, la artista catalana Amparo Segarra, su hija Natalia Fernández Segarra y con la intervención de algunos sacerdotes afrocubanos y la actuación de una compañía de danza que fue crea-

---

<sup>8</sup> Ver: [http://www.latinoamerica-online.info/studi05/studi01\\_04.html](http://www.latinoamerica-online.info/studi05/studi01_04.html).

da en Santiago de Cuba para tales efectos y que dirigió el coreógrafo Antonio Pérez para animar con sus bailes cada una de las salas temáticas de la exposición.

#### EL LIBRO-CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN-PERFORMANCE DE ARTE RITUAL AFROCUBANO “TIEMBLA TIERRA”

En el libro-catálogo *Tiembla Tierra* (Ediciones de la Fundación Eugenio Granell, Santiago de Compostela, 1998), que registró en fotos aspectos principales de la muestra como cada una de dichas salas y los objetos expuestos en ellas, está el texto con que describo cada uno de los sistemas mágico-religiosos afrocubanos y las variantes del espiritismo tratados en la muestra, con un vocabulario traducido al inglés.

Creo que con las ceremonias mágico-religiosas realizadas cada año en el marco del Festival del Caribe; el montaje de la Casa de las Religiones Populares, hechos por los propios santeros, paleros, muerteros, espiritistas y voduistas con nuestro respaldo institucional; los libros y los estudios publicados en nuestra revista *Del Caribe*; los documentales *Fundamento*, *Osha*, *Cordón*, *Huellas* y *Espíritu*, esta exposición-performance ha constituido uno de los hechos más significativos de la labor de dignificación llevada a cabo por la institución que fundamos en aquel lejano 23 de junio del año 1982. Al año siguiente, se produjo un remake de dicha exposición-performance en el propio Santiago de Compostela y en el País Vasco. He disfrutado de un enorme orgullo de haber estado al servicio de tan nobles empeños, tanto en mi país natal como en cualquiera de los países a los que llegó nuestro trabajo.

Mi percepción de la problemática etno-“racial” presente en la Cuba actual pudiese haberse afincado en narrarles las historias de cualesquiera de las cofradías afrocubanas o de las comunidades espiritistas estudiadas en barrios muy tradicionales ubicados en el Oriente de la Isla. Sin embargo, he preferido someterme al reto de hacerlo en un enfoque de microsociología familiar, un poco más desmarcado de lo que concierne a sistemas de ideas, creencias, ritos, sentimientos y filosofías asociadas a la Religión.

PARA UNA COMPRESIÓN DE MI TESTIMONIO DE VIDA  
Y PERCEPCIÓN ETNO -“RACIAL”

A los efectos de sopesar las afirmaciones en aval a la presente percepción etno-“racial” personal, podría resultar interesante para el lector mi recorrido por otros de los escenarios diversos en que ha transcurrido mi vida en el país, porque en ellos se manifiesta con rasgos particulares esta problemática seleccionada como objeto de estudio. En 1965 inicié mis estudios de bachillerato en una institución militar situada en La Habana, adonde regresé en 1969 para estudiar filosofía marxista-leninista en la Universidad de La Habana. Pero desarrollé casi toda mi vida adulta en la ciudad de Santiago de Cuba, calificada de Cuna de la Revolución y única Ciudad Héroe de la República de Cuba, donde comencé en 1968 la carrera de Licenciatura en Letras hasta graduarme en 1975. Este año me casé en Holguín con una hija de una holguinera de tez blanca y un padre, oriundo de Camagüey, de tez mulata, quien había emigrado en la década de los 50 a los EE.UU. Viví con mi esposa e hijos en la ciudad de Holguín hasta 1982, año en que volví a residenciarme en Santiago de Cuba hasta el 2005, en que fui juramentado como Jefe del Centro de Investigaciones socioculturales en el Instituto de Cultura del Estado Falcón (INCUDEF), institución oficial adscripta a la Gobernación del Estado de Falcón, en cuya capital, Coro, he vivido desde entonces hasta el presente (2013).

El haber vivido en las dos ciudades que puedo calificar de polos o símbolos de la “cubanidad” – en Santiago de Cuba y en La Habana, podría significar haber tenido el privilegio de acceder al pulso del país. Asimismo, haber vivido también en las otras dos ciudades que considero “polos opuestos del imán”, me refiero a Holguín y a Santiago de Cuba, con respecto a la antigua provincia de Oriente, me proporciona el raro privilegio de encontrarme en la línea de la lucha entre “moros y cristianos”, heredada de España que, contrario a lo que puede parecerle a la mayoría de los mortales que en este mundo existen, mantiene su vigencia plena y total.

El contacto con familias y comunidades en cuyo seno he desarrollado mi vida, incluida las comunidades urbanas y rurales de mi país natal y en

las de otros países donde he vivido como es el caso de Venezuela, reconozco que se me amplió la concepción que tenía del hombre y de su vida en sociedad; especialmente en los países del Caribe insular y continental y todavía más en Angola, donde me devolvieron nuestra pertenencia a una comunidad de pueblos cuya identidad está marcada por rasgos propios, entre los que destaca la impronta africana y la que defendimos en calificarla tempranamente como identidad “caribeña”.

#### MI ENCUENTRO CON HUMANISTAS POLACOS ESTUDIOSOS DEL CARIBE

El contacto con pueblos de África fue decisivo para revelarnos cuán tardíamente el pueblo cubano se abrió al reconocimiento de su pertenencia a la comunidad de pueblos caribeños, con los que compartía una “experiencia histórica” común y una espiritualidad muy marcada por las culturas africanas. La prestigiosa Casa de las Américas, desde su sede en La Habana, había publicado obras de muchos escritores e intelectuales del Caribe y, a través de su Centro de Estudios del Caribe, afincó el interés por su estudio y difusión, como lo sigue haciendo, consecuentemente, hasta el presente. Pero para el caso que nos ocupa con respecto a la labor de la Casa del Caribe, pudiera parecer paradójico que parte de ese re-encuentro con los pueblos caribeños se haya producido a partir de la publicación de los dos primeros libros que trataban el Caribe desde la perspectiva y del enfoque de los “estudios regionales”, publicados en la Isla por académicos polacos.

Años después, cuando avanzamos en los estudios de fuentes documentales que avalaran nuestro trabajo científico-investigativo, comprobamos que realmente nada había de contradictorio en ello, porque cuando me dediqué a estudiar a Haití, descubrí que uno de sus máximos estudiosos era el latinoamericanista polaco Tadeusz Lepkowski (Vilna, Lituania, 1927-Varsovia, 1989), a quien tuve la dicha de conocer en Varsovia y con quien compartí en la Academia de Ciencias de Polonia, donde trabajaba, gracias a las visitas que me facilitó el geógrafo polaco, investigador y también consagrado la-

tinoamericanista y caribeñista, mi hermano, el profesor Andrzej Dembicz<sup>9</sup> (Kowel, Ucrania, 1939-Varsovia, 2009). Agradezco profundamente a Andrzej Dembicz el haberme puesto en contacto con el mundo académico no sólo de Polonia, sino de muchos otros países que enfocaban sus estudios en América Latina y en esa región que, hasta donde yo sabía, sólo habían estudiado especialistas de la Europa del Occidente, norteamericanos, canadienses y, en mucha menor medida, algunos latinoamericanos. Este sentimiento lo extiendo al resto de sus colegas, colaboradores y alumnos, con quienes establecí una relación que data desde los ochenta y que se ha mantenido hasta el presente.

#### MI FAMILIA CON “SANGRE MIGRANTE”

Agradecido por la atención a estas informaciones estrictamente autobiográficas, es necesario volver a mi familia. Por las venas de la familia cubana circula “sangre” y vibra el espíritu de muchos pueblos que concurrieron en el Nuevo Mundo para dar origen a lo que Darcy Ribeiro llamó los “pueblos nuevos”, uno de los cuales es el nuestro. Por las venas de esos pueblos circuló también “sangre” y espíritu de la Humanidad, desde los tiempos de su surgimiento y desde aquellos otros tiempos en que el Hombre se desplazó por el planeta. Todos los pueblos tenemos “sangre” y espíritu migrante, como la ha tenido la criatura humana siempre. Mi familia nuclear original ilustra el perfil etno-sociológico de aquella sociedad “del pasado” que clasifico de familia tradicional: mi padre era descendiente de uno de los franceses que se establecieron al Norte y noreste del Oriente de la Isla de Cuba en la segunda mitad del siglo XIX y que, luego de ejercer diversos oficios y actividades productivas, se radicaron en Holguín, llamada la “Ciudad de los

---

<sup>9</sup> Para tener una visión general de la labor de este humanista y académico polaco con respecto al estudio y a la promoción de las culturas y diversos asuntos de los pueblos de América Latina, Cuba y el Caribe, ver el número monográfico, vol. 1, no. 13, 2010, de la *Revista del CESLA*, reproducido por la Red de revistas científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (<http://redalyc.org/>) en el que se publicaron reseñas y una detallada relatoría bibliográfica del Dr. A. Dembicz.

Parques”, donde se dedicaron, principalmente, al negocio del curtido de pieles.

Mi abuela paterna me contaba que, durante el paso del Mayor General Antonio Maceo (Santiago de Cuba, 1845-La Habana, 1896) por la región holguinera, ella había fungido como “colaboracionista” de los “mambises” y su esposo – mi abuelo “el francés” – había prestado servicios en herrar caballos del Ejército Libertador, del que el Titán de Bronce era Lugarteniente General. Mi abuela mostraba con orgullo la medalla otorgada por la Sociedad de Veteranos holguineros y que un día me obsequió cuando avizoraba próximo el ocaso. Habiendo transcurrido casi toda mi vida en Santiago de Cuba, su sencillo relato me pareció absolutamente normal, a partir de la cantidad de Mayores Generales, altos oficiales y oficiales que dio ese partido sur-oriental, en especial el poblado de El Cobre, a las huestes insurgentes, entre quienes se distinguieron muchos de procedencia franco-haitiana, como los Generales José Lacret Morlot (El Cobre, 1848-La Habana, 1904) y Flor Crombet (El Cobre, Santiago de Cuba, 1851-Altos de Palmarito, Baracoa, 1895), entre otros no menos distinguidos.

No creo simple coincidencia que el yerno de Karl Marx y médico, periodista, teórico político y revolucionario Paul Lafargue (1842-1911) haya nacido en Santiago de Cuba, cuyo padre era propietario de plantaciones de café en la Sierra Maestra y que su vocación de revolucionario lo haya llevado a tratar de imponer el signo de los cambios en la España, adonde tuvo que exiliarse luego de haber participado en la Comuna de París, en 1871. Tampoco, que los restos del último médico de Napoleón Bonaparte – los de Antonmachi – estén enterrados casi a la entrada del cementerio Santa Ifigenia, de la ciudad, ni que el patriota, escritor e industrial Emilio Bacardí Moreau (Santiago de Cuba, 1844-Cuabitas, 1922), fuese una de las glorias máximas de la historiografía local del país, aunque se le conozca más como hijo del fundador y productor del famoso ron Bacardí.

Me conmovió lo escrito por el catalán y General de división José Miró Argenter (Sitges, Cataluña, 1851-La Habana, 1925) – miembro del Estado Mayor del Ejército Mambí, en su *Crónicas de la Guerra*, al contar que, cuando en la soledad de la noche, los soldados de una compañía rebelde necesitaban precisar si las voces que escuchaban eran de enemigos sabían con

exactitud que se trataba de tropa amiga al escuchar que sus soldados hablaban en la “lengua criolla haitiana”. En efecto, tal era la proporción demográfica de la inmigración franco-haitiana que nos vino de la vecina excolonia francesa de Saint Domingue como consecuencia de la Revolución de los esclavos desencadenada allí en agosto de 1791 y que se constituyó en República independiente el 1 de enero de 1804, que en la ciudad de Santiago de Cuba se hablaba tanto el “castellano de América”, como el “francés” de estos inmigrantes. Su impacto económico no fue sólo colosal, altamente transformador, sino que la cultura de toda la región sur-oriental lleva en su seno las huellas profundas de una espiritualidad, de ideas y de costumbres que desbordan los cálculos de los investigadores más avezados.

En las alturas de la ciudad y alrededores de la bahía, se erigieron barrios, como Le Tivolí, donde fueron puestas en escena obras del teatro de Molière y tocaron las orquestas más insólitas existentes entonces. Algunos lingüistas consideran al criollo haitiano como la segunda lengua hablada en Cuba y en nuestro país hasta una ciudad – Cienfuegos – fue fundada por los franceses. En nuestra Isla fue inventada la dimensión mágico-religiosa de la realidad de nuestroamericana, mucho antes de que Gabriel García la “descubriera” y la hiciera patente calificándola de realismo mágico en sus magníficas obras narrativas.

#### EL CACIQUE HAITIANO HATUEY<sup>10</sup>, EL PRIMER HÉROE DE CUBA

Desde la protohistoria, la cubana siempre fue una sociedad signada por la irrupción, el choque desgarrador, la interacción violenta y la prolongada fusión de los diversos factores étnicos y culturales, que califico de insólitos, los cuales marcaron tempranamente su carácter y “destino”. Ese cho-

---

<sup>10</sup> Es altamente simbólico el que haya sido un cacique de Haití el primer mártir de la resistencia armada de los cubanos en contra del dominio colonial de España en la Isla. Cuba y Haití: islas vecinas, desde tiempos remotos unidas étnicamente y también en historia, rebeldías y espiritualidad comunes. Los aportes en lo histórico, la cultura y la espiritualidad del pueblo haitiano a Cuba, constituyen el último componente étnico-cultural incorporado a la formación de la identidad del cubano.

que desgarrador de factores étnicos inauditos queremos destacarlos con algunos hechos históricos que mencionamos a continuación como parte de una épica mayor que abarca a toda la nación cubana. La inicia el cacique Hatuey quien procedente precisamente de Haití, cruzó el Paso de Los Vientos para enfrentarse a los bárbaros españoles que invadían nuestra Isla, para comenzar allí, en 1511, la Conquista. Luego de organizar a la población autóctona y combatir fieramente, Hatuey fue apresado y quemado vivo en la hoguera, al pie de una ceiba de Yara, sin arrepentirse de haber combatido con sus armas a quienes les ofrecieron el santo Cielo, al que se negó a entrar si en él iban a parar tan crueles y sanguinarios “cristianos”.

#### 1604: EL HÉROE “ESCLAVO” GOLOMÓN

La epopeya y la “zaga cubana” tuvo como héroe protagonista a otro ser insólito: al esclavo Golomón, dibujado a principios del siglo XVII en la obra *Espejo de paciencia*<sup>11</sup>, el primer monumento literario que recrea el secuestro y la liberación del obispo Altamirano, capturado por el pirata francés Gilberto Girón y liberado por aguerridos orientales.

#### 1803, SANTIAGO DE CUBA: NACIMIENTO DEL PRIMER POETA DE AMÉRICA

En aquel Santiago de Cuba signado por la impronta franco- haitiana, descrita con fuertes trazos por Alejo Carpentier (Lausana, Suiza, 1924-La

---

<sup>11</sup> Relato verídico – de la autoría de Silvestre de Balboa, escribano del cabildo Santa María de Puerto Príncipe – de lo acaecido en el puerto de Manzanillo en 1604, cuando el obispo de la isla de Cuba, Don Juan de las Cabezas Altamirano, fue secuestrado por el corsario francés Gilberto Girón, para cuyo rescate se unieron los vecinos de Bayamo, quienes acordaron atacar al corsario, que muere en la violenta batalla de manos del esclavo Salvador Golomón. Según la nota de Wikipedia.org, “la obra se mantuvo oculta en la villa, incluso sobreviviendo al incendio que la destruyó la ciudad en 1816, y luego descubierta por José Antonio Echeverría dentro de los archivos de la Sociedad Patriótica de La Habana. Dos años después fue publicada en el periódico El Plantel, logrando de esta manera hacer conocer la obra literaria de mayor antigüedad en la isla caribeña”.

Habana, 1980) en la novela *El reino de este mundo*, nació en 1803 José María Heredia y Heredia (fallecido en Toluca, México, en 1839). A diferencia de su primo José María Heredia Girard (Santiago de Cuba, 1842-castillo Bourdonné, 1905), quien escribió en París y en lengua francesa su célebre obra *Los Trofeos*, este escritor santiaguero forjó en su poesía el conjunto de símbolos y esperanzas de libertad apegada al concepto “vuelto a sentir” de “patria” que alimentaría y transformaría el pensar de los nacidos en la Isla, es decir, el pensar de los “criollos”, en pensar como “cubanos”. De ahí que su meteórica vida (murió en México a los 36 años de edad) es el huracán que transformó la Isla de paisaje bucólico, en un ardiente volcán que pronto derretiría sus lavas para derretir con su fuego el dominio del Imperio español que la oprimía.

La patria se erige con emociones e ideas que revientan en olas incontenibles en el arrecife que oprime e impide a los “marineros en tierra” levantarla como su más preciado tesoro y bandera. Con los versos de Heredia, el eterno desterrado, se abrieron las grandes alamedas de sus paisanos que hasta ese instante habían sido apresados en las redes hispanófilas de los “moros y cristianos” o en las aguas etnocentristas de París, la Ciudad Luz de la Europa, ombligo del mundo: a partir de entonces se desatarían conatos libertarios, como el de los “Rayos y soles de Bolívar” que llevó a la muerte por fusilamiento al poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés “Plácido” (La Habana 1809-Matanzas, 1844) y, al destierro también mortal, al propio Heredia, cantor de El Niágara y “primer poeta de América”, al decir del escritor, pensador y filósofo cubano José Martí (La Habana, 1853-Dos Ríos, Santiago de Cuba, 1895).

#### 1868: INICIO DE LA CONQUISTA DE LA NACIÓN ...CON LAS ARMAS EN LA MANO

En las cercanías de Manzanillo, el 10 de octubre de 1868 el abogado y años después primer Presidente de la República en Armas, Carlos Manuel de Céspedes (Bayamo, 1829-San Lorenzo, Sierra Maestra, 1874) proclamó el inicio de la Guerra de Independencia en su ingenio azucarero “La Dema-

jagua”, donde liberó a la dotación de africanos esclavizados de su propiedad, quienes se incorporaron a las fuerzas armadas que marcharon, con Céspedes al frente, desde ese sitio cercano al Golfo de Guacanayabo a la toma de la ciudad de Bayamo, donde se cantó por primera vez nuestro Himno Nacional. Con ese gesto libertario – con repiques de corneta que durarían 10 años – se estaba sellando la superación del esquema etno-“racial” impuesto por la dominación española en Cuba; “blancos”, “negros”, mulatos y mestizos lucharían codo a codo, en la *manigua* redentora, para conseguir la independencia de la tierra donde habían nacido o vivido.

MÁXIMO GÓMEZ, EL DOMINICANO QUE NOS ENSEÑÓ  
A USAR EL MACHETE COMO ARMA DE COMBATE

En la película *La primera carga al machete*, su realizador Manuel Octavio Gómez (La Habana, 1934-1988) ha narrado cómo un ex-soldado del Ejército español que había combatido a los rebeldes en su país natal, Santo Domingo, contribuye a derrotar a las tropas hispanas al haberle enseñado a los cubanos el uso de una temible arma que destroza la endeble “moral” del enemigo: el machete. Ese dominicano se llamó Máximo Gómez (Baní, 1836-La Habana, 1905), quien llegó a ocupar los más altos cargos en el Ejército Libertador mambí y que se puso a las órdenes de un escritor, hijo de isleña y de valenciano que respondía al nombre de José Martí, organizador de la última etapa de la guerra que inició Céspedes, el Padre de la Patria, en el 68. Pero fue un mulato – el Titán de Bronce Antonio Maceo Grajales – quien encabezó las tropas libertarias en la campaña que las llevó desde el extremo más oriental de la Isla hasta su extremo más occidental, Pinar del Río, donde cayó combatiendo, próximo a haber visto la derrota del ejército español, tras 30 de años de haberlo combatido “con el machete en la mano” y con las armas de fuego y las del pensamiento y la estrategia más geniales.

SANTIAGO DE CUBA, 1898: LA MANZANA EN LA MANO  
DEL IMPERIO DEL NORTE

Justamente, Maceo no presenció el hecho del que fue testigo el mayor general Máximo Gómez; no se alcanzó la patria liberada, porque el país fue invadido en 1898 y ocupado por los *rangers* enviados por el gobierno de los Estados Unidos de América. Tampoco tuvo que experimentar el valiente guerrero y agudo pensador antiimperialista el triste espectáculo del Morro de La Habana el 20 de mayo de 1902: el izamiento del pabellón patrio, que había acompañado en mil batallas y combates, junto al de la bandera de las “barras y las 50 estrellas” del país cuyas tropas nos habían invadido. Pero ese Titán de Bronce dejó escritas unas palabras que guiaron a muchos cubanos que no aceptaron ser lapidados por aquel “Destino Manifiesto” que daba como imposible evitar que pasáramos a ser la codiciada “manzana” del Imperio o la estrella número 51 de aquella bandera que fue izada para darnos a entender que la supuesta independencia se había obtenido gracias al valor del ejército estadounidense y que nos convertiríamos, así, en uno de los Estados de la Unión.

1959, SANTIAGO DE CUBA: LOS MAU-MAU  
ENTRARON BAILANDO A RITMO DE CHA-CHA-CHA

Maceo escribió: “quien intente apoderarse de Cuba, recogerá el polvo de su derrota, sino perece en la lucha”. En el propio Santiago de Cuba, cerca de cuya bahía los yanquis hundieron en 1898 las naves de la Armada española y por cuyas playas desembarcaron los *rangers* para frustrar la independencia por la que habíamos luchado los cubanos durante tanto tiempo, en enero de 1959 entraron las tropas triunfantes del Ejército Rebelde comandadas por Fidel Castro, hijo de padre nacido en el Lugo de Galicia y de una mujer descendiente de canarios, pero cubana “criolla rellolla”, como suele expresar el pueblo cubano en reafirmación de la profunda cubanía de una persona.

A consecuencia de los cambios radicales introducidos en el sistema económico-social – como los de la Reforma Agraria, que reducía los latifundios a medidas no aceptadas por la oligarquía terrateniente; la nacionalización de medios fundamentales de producción y de compañías de propiedad de norteamericanos – el gobierno del Norte reaccionó suprimiendo la “cuota azucarera”, la cantidad del producto que les vendíamos a precios preferenciales y estableciendo, así, el más feroz bloqueo económico y comercial que se le ha impuesto al país del hemisferio euro-occidental y que perdura hasta el presente. Lo que ese gobierno extranjero definió como “embargo” pretendía asfixiar al naciente Gobierno revolucionario y matar por hambre al país al que se le suprimió aquel “comercio exterior” del que dependíamos en el pasado. Con estas medidas el Imperio del Norte nos arrojó en brazos de la Unión Soviética, eje del poder económico, militar y hegemónico que determinaba las relaciones con el conjunto de países del Este de Europa, agrupados militarmente en el Pacto de Varsovia y comercial y económicamente en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

#### LOS MARES PROFUNDOS DE CUBA: EL CAMBIO DE LA SOCIEDAD DE INMIGRANTES A LA DE EMIGRADOS

En efecto, los problemas estructurales no resueltos, básicamente de la economía cubana que no habría de hallar una estabilidad que solucionara las necesidades elementales del hombre en su quehacer cotidiano, ni tampoco los problemas de los miembros de la familia, transformarían a la sociedad cubana de sociedad de inmigrantes – estatus que se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XX – en sociedad de emigrantes, la que tendría en su historia un prolongado proceso iniciado en 1959 y que no se ha detenido hasta el preciso instante en que escribo estas notas.

Las migraciones, en particular las que tienen lugar en “oleadas intempestivas” o de golpes al estilo de tsunamis y los traumas que ellas acarrearán en el interior de la familia, en la separación de vecinos y amigos, en las relaciones de parentesco y, en general, en la psicología social de un pueblo, introducen cambios en la mentalidad, la identidad y los sentimientos huma-

nos y efectos cuyas proyecciones en “longitud de onda” espiritual deben ser calculados en patrones de “años luz” ...humana. En pocas palabras: sus consecuencias en la psiquis humana y, en este caso del cubano, resultan impredecibles; su impacto en la espiritualidad, el sistema axiológico y el perfil del cubano costará mucho tiempo y energía para ser estudiado, investigado, tratado, desenvuelto, medido y proyectado en todas las dimensiones de la existencia del ser humano en su vida familiar, vecinal, comunitaria, local y del país en su totalidad.

El impacto y las consecuencias de los procesos migratorios para la vida, me tocó constatarlo al relacionarme con los “últimos franco-haitianos” con quienes pude conversar en las estribaciones de la Sierra Maestra, desde la porción que rodea a Santiago de Cuba hasta la que llega a la provincia de Guantánamo, en compañía del sabio y científico Fernando Boytel Jambú (Palmarito de Cauto, 1914 Santiago de Cuba, 1984), acompañándolo en sus búsquedas tras las huellas de las “Ruinas de los cafetales franceses”, declaradas luego por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad; pero sobre todo en mi prolongada convivencia con “los últimos haitianos” – sí, los viejitos de más de 80 de años de edad que habían entrado a Cuba en los primeros treinta años del siglo XX para trabajar como braceros y, en efecto, era lo que pensaban: – regresar con un “dinerito” de más en los bolsillos para paliar o enfrentar la precaria situación de su país de origen – trágicamente sucedió lo contrario a sus deseos e intenciones: el hecho fue que en Cuba quedaron y en Cuba murieron, sin haber podido regresar ni haber visto cumplido su “sueño cubano”. Como para los haitianos, hubo también un “sueño cubano” para muchos otros inmigrantes procedentes de otras islas del Caribe, – algunos de quienes también conocí en el Oriente de la Isla – y de otros sitios del planeta. Para todos, nuestro país se presentaba acaso -¿Cómo una repetición de aquel obsesivo Dorado que enloqueció a españoles y alemanes durante los primeros tiempos de la Conquista? – como la Perla del Edén, a la que se iba en busca de bienestar obtenido en un “santiamén” y de la que se regresaba como lo harían “los indios” pintados en la literatura de ficción durante la época de la colonia: impregnados de oro, enriquecidos de la noche a la mañana para siempre.

1980, MARIEL: LAS SIRENAS Y LAS BALSAS IMPULSADAS  
POR EL SUEÑO DE UNCLE TOM

Desde 1959 comenzó un proceso de emigraciones de cubanos por diversas y complejas causas y motivaciones, que arranca desde los inicios del triunfo de la Revolución Cubana, la primera de ellas, por causas sobradamente políticas. Este proceso migratorio tiene un capítulo inicial, que no analizaremos aquí, en el puente aéreo de Camarioca y un episodio todavía más significativo en la estampida del Puerto de Mariel, ocurrida en 1980, uno de los capítulos más impactantes que convencería al más escéptico en cuanto al cambio de patrón y del perfil de “sociedad de inmigrantes” al de “pueblo de emigrados” que había sucedido en Cuba. Por Mariel salieron de golpe hacia La Florida, según estadísticas manejadas por estudiosos de estos sucesos migratorios, 125 mil cubanos. Durante mi estancia en Miami en 1990, pude conversar con varios santiagueros que habían llegado a La Florida por diversas vías; entre ellos, me llamó la atención el caso de un “chulo” – así llamamos a los proxenetas – que me contó sus peripecias en Cuba, las que no me llamaron la atención tanto como que se trataba de un adulto afrodescendiente, de uno de los barrios más pobres de su ciudad natal y que se había adaptado casi perfectamente a las nuevas condiciones que le ofrecía el exilio americano.

También me llenó de tristeza ver que, a diez años de la aventura del Mariel, permanecían muchos cubanos en las carpas que se le improvisaron a su arribo a la “tierra prometida”. Esto contrastaba con las manifestaciones violentas que – un año después – protagonizaron los afrocaribeños y afroamericanos en las calles de Miami, en protesta por el rechazo a la visita de Nelson Mandela hecha por alcaldes de origen cubano, quienes tuvieron que retractarse en público ante la comunidad negra de una ciudad que me habían pintado estaba habitada, fundamentalmente, por gente blanca, inmigrantes centroamericanos y “gusanos” cubanos.

## 1994, SIN EPÍLOGO: LA LANCHITA DE REGLA Y EL BOTE DE LA CARIDAD

Catorce años después del Mariel, los cubanos nos encontrábamos inmersos en la Isla ante la peor de las crisis económicas encaradas desde 1959. Este es el contexto en que se produjeron una serie de hechos, que tuvieron en *El Maleconazo* un episodio que califico de alto simbolismo por la conjunción de factores subjetivos que hacen sintonía entre las expectativas de los cubanos que desean emigrar, fácilmente, al Norte por el mar y la violencia que se desencadena ante la frustración por la manipulación de que habían sido objeto por la radioemisora Radio Martí. En ese período se produjeron varios incidentes relacionados con intentos de secuestro de remolcadores, que se convierten en el imaginario del pueblo como en especie de prelude de la repetición de lo sucedido en situaciones similares, en un pasado remoto o algo más reciente. El caso es que todos estos elementos se unen para conformar un espacio donde el rumor cobra cuerpo en las acciones de la gente: se comenta acerca del secuestro de la “Lanchita de Regla” – embarcación que transporta a los vecinos del pueblito marinero de Regla a la ciudad de La Habana – y, esto, sumado a otros hechos que se produjeron entonces, acarrearón violentas manifestaciones de calle protagonizadas por los habaneros, reprimidas por el gobierno con el empleo de diversos medios y formas.

Los hechos hallan eco más allá del marco de la capital del país. En Santiago de Cuba, corre la noticia de un hecho similar, que se asocia a un supuesto secuestro de la “Lanchita del Cayo”- así llaman a la embarcación que transporta a los vecinos del antiguo Cayo Smith, hoy Cayo Granma, hasta un puerto o embarcadero ubicado cerca de La Alameda, en la Ciudad Héroe de la República de Cuba. De todos estos hechos y rumores, se abre paso la noticia del levantamiento por parte del gobierno de la Isla de los controles migratorios para que todo cubano que quisiera marchar a los EUA pudiera hacerlo “ya”, contando con los medios que tuviera al alcance o se inventara. Así los cubanos, a todo lo largo y ancho de la Isla, se las ingeniaron para aprovechar ese “permiso” revolucionario y se lanzaron a las aguas del Estrecho de La Florida para intentar ver realizado el tan ansiado “sueño americano” usando los medios de transporte contruidos a menudo con los mate-

riales más inimaginables. La gran mayoría logra llegar a los Estados Unidos, aunque para muchos – como para otros cubanos durante el episodio del Mariel – el sueño se convirtió en pesadilla o en desilusionante realidad. Así lo han reseñado unos catalanes que hicieron un documental con las grabaciones realizadas durante los preparativos de los balseiros de La Habana y que se encargó de rastrear qué pasó con la vida de cada uno de ellos entrevistándolos años después en los EE.UU.

Interesa resaltar tres aspectos importantes:

1. tanto en la Habana como en Santiago de Cuba, la estampida incluyó a capas mayoritarias de la sociedad cubana que antes no nos hubiésemos imaginado podrían haber sido clasificados como potenciales, posibles o reales emigrantes;
2. sorprende la cantidad de profesionales y técnicos calificados – incluidos los de la salud – que se incorporó al “torrente migratorio”, nivel de valoración diferente al de quienes lo hicieron por El Mariel; y
3. el impacto que esta emigración de estampida provocó en la conciencia de la sociedad cubana en su conjunto, cuyo sistema axiológico se estremeció y, en muchos casos, sufrió serios quebrantos.

En muchos sectores y estratos de la población se hacía evidente que la crisis no era sólo económica, material o de necesidades primarias insatisfechas, sino de mayor calado y alcance. En círculos de allegados, se abrió paso la pregunta: ¿qué había pasado con la conciencia y los valores de las generaciones nacidas, criadas y formadas en la médula de la Revolución cubana que ahora eran la mayoría de los que emigraron en medio de esta nueva aventura conocida como la “crisis de los balseiros”? Y el temblor de la conciencia, aun en las de los que yo consideraba más firmes, no carecía de fundamentos.

Presencí en Santiago de Cuba la reacción de los vecinos de barrios y comunidades con las que había tenido una prolongada relación y en las que había hecho investigaciones de campo durante varias décadas y muchos de ellos tomaron los preparativos de la salida del país como una verdadera fiesta, uno de ellos me dijo que aquello era el “carnaval de los balseiros” e invo-

caban la bendición de la Virgen de La Caridad del Cobre, único símbolo del arsenal de símbolos con que hemos construido nuestra identidad nacional que ha sido capaz de unificar a los cubanos “de acá” con los cubanos “de acullá”, o sea, a los que se quedaron viviendo en la Isla con los que optaron por escapar e irse a vivir en otros países. La mayoría de estos vecinos eran gente de los estratos más pobres de la sociedad, de los barrios considerados marginales y, por supuesto, en la casi total mayoría eran afrodescendientes, “gente de color” y mulata.

Los estudios realizados acerca de la composición de la masa emigrante, arrojaron un alto por ciento de profesionales y técnicos de alta calificación, trabajadores muy bien calificados y, en general, de gente de alto nivel de educación formal. En aquellos días de tensión, recibí el testimonio de amigos que vivían en ciudades costeras, como Gibara, Puerto Padre y especialmente de Caibarién, en las que muchos centros de salud, me dijeron, habían quedado sin médicos, técnicos y enfermeras, etc. Era la obra de varias décadas de cambios revolucionarios en todas las esferas de la vida social, especialmente en la salud y en la educación y, ¿por qué la gente forjada en sus principios y valores prefería arriesgar sus vidas lanzándose al mar antes que quedarse viviendo en la Isla? Podían estar incidiendo causas económicas como el bajo salario de los profesionales y técnicos con respecto al costo de la vida y de la canasta básica, por ejemplo, pero sin dudas de ningún tipo se había producido una quiebra de conciencia en la sociedad cubana en la que se pensaba se habían afianzado valores tan importantes como los de la libertad, los ideales de un Hombre Nuevo y la asunción de un modelo de Estado de justicia social en el que debía estar imperando el principio de la igualdad. La débil formación de estos valores y principios, su no afianzamiento consciente y libre, han sido las causas que motorizaron los sucesivos conatos de estampidas migratorias en los que han sido sujetos protagonistas personas procedentes de variados estratos sociales, procedencias étnicas e, incluso, de orígenes nacionales también diversos.

## DE GUSANOS Y MARIPOSAS

Como hemos intentado ir dibujando hasta aquí, podríamos, así, aportar pruebas irrefutables de que hemos sido -y aun somos- un país multicultural y pluriétnico, marcado hasta lo más profundo de las entrañas por el “mestizaje”, por el encuentro enriquecedor de pueblos y culturas de todos los continentes, con los que nos hemos puesto en contacto en diferentes circunstancias y condiciones a lo largo de nuestra historia. Me atrevería a calificar a nuestro pueblo de “los palestinos” de Nuestra América, honrosamente, porque ha sabido defender su territorio de la invasión, la ocupación y el asedio de potencias imperiales y porque, para reafirmar su identidad y hacerse de una nación, ha tenido que desplazarse por su propio territorio, siempre del Oriente hacia el Occidente de la Isla, para convertirse en protagonista de la guerra de independencia y, durante el último capítulo de liberación nacional, haber sabido convertir un inicial “foco guerrillero” en Ejército Popular que derrotó a un ejército profesional, armado y apoyado por la más poderosa de las Potencias Imperiales de la historia.

Nuestro pueblo se distingue del conjunto de los pueblos con que compartimos espacios en Nuestra América por rasgos propios y distintos, que van desde el de la diversidad del biotipo físico hasta las concepciones del universo, filosofías, pensamientos, ideas, sentimientos, valores y comportamientos que particularizan a nuestro “carácter nacional cubano”, del cual nos sentimos profundamente enorgullecidos. Y digo con propiedad que ese orgullo abarca nuestra capacidad de “emigrar con una mano adelante y otra atrás”, es decir, emigrar sin nada material ni mucho menos dinero en los bolsillos y al poco tiempo abrirse paso en la cualesquiera de las sociedades de destino y alcanzar un nivel de vida aceptable o exitoso.

En 1978, uno de mis profesores de Filosofía de la Universidad de La Habana, escritor y cineasta, produjo el documental *55 hermanos* que testimonia el reencuentro en la Isla de emigrados cubano-norteamericanos con sus familiares, de cuyos hogares les habían separado siendo niños desde hacía mucho tiempo. El documental estaba muy alejado de ofrecer las pistas de lo que sucedería años después con las personas que habían estado a la espec-

tativa de arreglos migratorios intergubernamentales, los que siempre se quedaban a medio camino por el enfrentamiento radical de la Isla al Imperio – que la quería hacer desaparecer – y a quienes se les abrió la mar para escapar en estampida hacia el ansiado “sueño americano”.

Como que mucho más lejos estaba aquel eminente intelectual de lo que ocurriría en el interior de las familias que vivían en Cuba separadas desde hacía mucho tiempo de familiares tan cercanos como padres, abuelos, hijos y hermanos y quienes verían el milagro de que, al cabo de más de treinta años de que ellos hubiesen emigrado, pudiesen visitarlos en Cuba. Entonces se echó a circular una metáfora creada por el pueblo para referirse a los cubanos que emigraron antes del Mariel, a quienes el gobierno les autorizó a visitar a sus familiares en los comienzos de los ochenta: expresaba, no sin cierto humor, ¡regresaron “las mariposas”! Es decir, volvían a su Jardín del Edén aquellas personas tratadas por el radicalismo, la intransigencia y el fundamentalismo ideológico como despreciables “gusanos” y regresaban a la patria en su gran mayoría bien vestidos, con joyas en las manos y cargados de maletas y de regalos para sus familiares. Luego de superar un período inicial de marginación, al principio había que irlos a ver a lujosos hoteles en La Habana, se les permitió irse a convivir durante unas semanas con las familias de las que se habían separado hacía ¿cuántos años?

La rigidez del punto de vista político se mantenía con respecto a los funcionarios que ocupaban determinados puestos en la administración pública o en dependencias políticas, que debían mantenerse en una postura predefinida por las autoridades al recibir a sus familiares “del exterior”.

En este contexto, fue un reguero de pólvora encendida el caso de un alto funcionario de un ministerio cubano que hizo la “fiesta de quince” de su hija en la piscina de su casa y un visitante de la “Comunidad”, así se le ha llamado a los emigrados en referencia a los que han denominado como “Comunidad cubana en el exilio”, traducida en lenguaje del pueblo llano: “de La Yuma” – visitante que publicó algunas fotos en Internet de la fiesta; que obligaron abandonar el cargo al ministro.

Conocí de primera mano un dirigente juvenil de nivel político medio que fue sancionado por ir a recibir al aeropuerto a un familiar suyo, que venía de un país que no era ni siquiera los EE.UU. Pero con los años “y un

ganchillo” terminaría imponiéndose el carácter festivo propio del cubano: la sociedad luego convirtió en costumbre que se les hiciera todo tipo de agasajos a tan entrañables cubanos “visitantes”, que al principio debían someterse a tratamientos estrictamente familiares, que raramente entonces trascendían sólo a nivel de las familias más próximas al hogar centro de la visita.

El regreso de los “marielitos” tuvo otras connotaciones y las más inverosímiles han sido las que se les han prodigado a las “jineteras” y “jineteros”, convertidas en insólitas fiestas vecinales.

Los cambios de una sociedad se pueden estudiar, seguir, medir en cuanto a su impacto tanto en el marco material como en la subjetividad del Hombre y hasta diagnosticar en su proyección en lo que sucede en el interior de una familia o en los miembros de la vecindad a la que pertenece esa familia objeto de estudio.

En el interior de la sociedad cubana, al nivel de cada una de las unidades establecidas por las sucesivas divisiones político-administrativas, en antiguos partidos, municipios y modernamente provincias, funcionó la relación Metrópoli-colonia, metáfora tomada no literalmente del esquema sociológico del intelectual Andrés Gunder Frank, a cuyo enfoque me adhiero en parte, pero críticamente. Igual funcionó en el interior de las ciudades esta relación de subordinación, dominio, segregación, discriminación, marginación y explotación de una clase por otra, la cual imponía su dominio desde otros muchos puntos de vista de la praxis social, colonial o neocolonial burguesa, y en todos los órdenes de la vida social, incluido el étnico-“racial”.